

# EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



## Conferencia ministerial.

Agobiado D. Cenon por el calor sofocante que se va desarrollando estos dias, ha resuelto no separarse de la chimenea, ni aun para dormir, y por esto Papamoscas le hace algunos ratitos de compañía por las noches despues de haber terminado sus ocupaciones.

—Serapio, hijo mio, le dijo la otra noche, ya ves que la estacion se pone insoportable, y será forzoso que yo me abrigue lo mejor posible, y no me mueva de este sillón hasta que refresque el tiempo; atendiendo á esto, será necesario que solo me dedique á todas aquellas ocupaciones que no exigen andar de acá para allá como el hacer calcetas, bordar al tambor y otras análogas. Por tu parte cuidarás de abrigarme bien las espaldas, taparme las piernas con aquella manta nueva de Palencia, y tener siempre provision de leña junto á la chimenea, porque tal se presenta el calor, que creo hemos de tener que quemar hasta los boliches de las sillas, y echarnos á cuestras los colchones.

—Válgame Dios, tío! qué cosa tan estupenda es la manía que V. tiene de andar al revés de todo el mundo en esto del frio y del calor!

—Qué quieres, carinito de mi alma, todos los hombres tenemos nuestro modo de ver, y no está en nuestra mano contrariar la voluntad de aquel que nos ha dado estas ó aquellas inclinaciones, como



tampoco lo está la de hacernos mas altos ni mas bajos, mas feos ni mas bonitos. Además, estas son cosas de familia. Tu abuelo D. Tiburcio tomaba mostaza y tintura de cantáridas para curarse las irritaciones de vientre, y se atracaba de nitro para remediar la frialdad de estómago. Tu madre dormía con los ojos abiertos, y los cerraba tan luego como asomaba la luz del día; mi hermano Carancio tiene la manía de ponerse á bailar siempre que está muy cansado...

—Y yo, tío, doy mil gracias á Dios por no haber sacado la de comer paja y cebada, ú otra lindeza semejante.

—No has andado muy lejos de esa propension, Serapito; pero en cambio tienes otras que se la asemejan, cuales son las de rebuznar cuando duermes, y tirar coces cuando hablas.

—Dios me las conserve, tío mío, que con ellas no molesto á nadie.

—Y ahora que dice V. de dormir, creo que mis ojos se van cansando de estar en este chicharrero, y no estará de mas el que nos despidamos hasta mañana, porque si no me voy á quedar aquí como un zoquete.

—Para que no te suceda, bueno será que prosigas contándome la conferencia que tuviste soñando la otra noche con tu ministro de Hacienda.

—Qué me place, tío Cenón, porque no sé qué tiene esto de mandar, que aunque sea en sueños agrada estraordinariamente: ya se me ha despillado el sueño.

—Díge á V., si mal no me acuerdo, que á instancias de mi ministro de Hacienda, dí un decreto para suprimir todos los destinos de la nación que no fueran de una necesidad absoluta, y otros para abrir caminos y establecer buenas comunicaciones entre los pueblos, proporcionando por este medio trabajo á los muchos bigardos que hoy emborronan papel sin provecho en la multitud de *confiterías*, ó sean oficinas, que cada ministro ha creado para atestar de chochos á todos esos mamanciones ahijados suyos. Concluida la conferencia con este ministro, entró el de la Guerra á decirme lo aburrido que se encontraba con la multitud de grados que se habian concedido en tiempo de sus antecesores; pues eran tantos, que todo el ejército se componia de generales, coroneles y demás subalternos, que le comian la figura sin saber en qué emplearlos. Desde hoy, le digo, se suprimen los ascensos que no sean en rigorosa ley de escala, porque de lo contrario, no hacemos otra cosa que crear orgullosos y especuladores con la sangre del infeliz soldado que solo percibe las fatigas.

—Esa determinacion, Serapio, era demasiado inconsiderada. En todas las naciones civilizadas se premia á los héroes que se distinguen en los combates, porque sin el estímulo de la recompensa, espondria el hombre su vida en obsequio de los demás hombres?

—Tío, si el militar es virtuoso, no debe esperar de su patria sino coronas de laurel y cruces de distincion, pero de ninguna manera otros grados que los que permita su escalafon, porque de lo contrario, en qué consiste el honor militar? No se sacrifica su patria para sostenerle en tiempo de paz cuando ningun servicio la presta, y le guarda el decoro que pertenece al grado que ocupa? No es su deber pelear y esponer su vida siempre que las circunstancias lo exigen? Pues no puede dejar de hacerlo sin merecer la nota de ingrato y el desprecio de sus semejantes. Yo aseguro á V. que si el militar no esperára otra recompensa que las alabanzas, no se vertería tantas veces la sangre de los infelices soldados para adquirir los jefes charrateras, galones y fajas.



—Serapio, te repito que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha seguido la práctica de recompensar con grados á los gefes despues de las batallas, y el gran Napoleon no fue escaso en esta clase de recompensas.

—Tío, eso no prueba que sean justas, sino indispensables, atendiendo á que los hombres con nada se contentan; y en que así como el burro necesita palos y más palos si ha de hacer algo de provecho, el hombre necesita pesos duros para cumplir con los deberes que por convenio ha contraído con los demás hombres.

—Todo cuanto dices, Serapio, se encuentra en el círculo de la razón; pero considera que cuando el hombre espone su vida...

—Dale bola! ya me tiene V. hecha una esposicion en el estómago: parece que los demás hombres no tienen el mismo peligro en sus respectivas profesiones. Venga V. acá, alma de cántaro; no vé esas casas tan bonitas que adornan las poblaciones, y sirven además para guarecernos de los rigores del tiempo, sin las cuales viviríamos como los salvajes? Pues para su construccion han trabajado una multitud de arquitectos, albañiles, cerrageros, carpinteros, revocadores, vidrieros y qué sé yo cuantos otros hombres utilísimos á su patria; todos ellos han estado espuestos á romperse la erisma mil veces al dia, y pasan la vida en continuas fatigas y privaciones, sin otra recompensa que un miserable jornal el dia que trabajan, y sin poder hacer un real para la vejez, que concluyen las mas veces en un hospital; estos, como todos los demás menestrales, que con igual afan nos proporcionan las comodidades que nos rodean; los inventores que pisan noches y dias ras-cándose la frente, y esponiéndose á una conjestion cerebral, por aumentar la comodidad y provecho de sus semejantes, no perciben otra recompensa por sus inventos, que la de quedarse en cueros poco á poco, y ver regateadas sus obras como libra de peras, sino tienen que darlas por la mitad del precio que les ha costado; su vejez es triste y á veces andrajosa, y sus viudas y huérfanos gimen en la miseria, sin que la sociedad tome en cuenta los sacrificios de sus padres y esposos. Por esto, tío, creo que harto recompensado está el que percibe un sueldo constante por la nacion sin tener que pensar en de dónde saldrá para mañana, angustia que acomete de continuo al pobre artesano, y que es mas negra mil veces que todas las balas de cañon y que la misma pólvora. No quiero decir por esto que deje de asegurarse la subsistencia de todos aquellos que en defensa de su patria han quedado inutilizados para poderla adquirir por sí mismos; aunque tambien los artesanos se quedan cojos, ciegos y tullidos en el servicio de los demás, sin que por esto se les tenga consideracion alguna.

—Muy bien, Serapio, muy bien; no puedo menos de aprobar tu razonamiento, por mas que se oponga á la costumbre general; ya veo que vas siendo todo un hombre de provecho en el destino de rey.

—Pues prosiguiendo mi cuento; despues de bien discutida esta cuestion, estendimos el decreto que nos pareció mas razonable; en seguida entró el ministro de Gracia y Justicia, y conferenciamos lo que mañana á la noche diré á V., porque en este momento me están haciendo los ojos chirivitas, y voy á tender mi persona hasta mañana en aquel criadero de pulgas.

—Pues adios, hijo mio; él te dé buena noche.  
D. Cenon echó la bendicion á Serapio; este le besó la mano con humildad, y se fue á pegar sus ronquidos de costumbre.



**Planes de Papamoscas.**

Días pasados habia salido el respetable D. Cenon Toca la flauta á solazarse un poco por las calles despues de haber estado ocupadísimo en descubrir una tinta que no pudiera borrarse para evitar los fraudes á que conducen las ya para él conocidas, y que dan margen á infinitas infamias de algunos escribanos y de otras personas que viven de la falsificacion y suplantacion; andaba por las calles, como ya hemos dicho, ocupado en su pensamiento, cuando sin saber cómo se halló en la plazuela de Oriente; donde á la sazón corria un agradable fresco; tendió una ojeada hácia un edificio al que bien podremos llamar *miscelánea de bailes nacionales*, y se puso á considerar las variadas escenas que habian tenido lugar en él; allí, los bailes serios y de máscaras, con todas sus intriguillas, rifas y alborotos; allí, los convites de los progresistas con sus brindis y bombas correspondientes de Fr. Gerundio, Ibraim Clarete y otros personajes; allí, las *salves* y padrenuestros de Olózaga; allí, los representantes de la nacion llamándose ladrones casi á las claras y otras mil lindezas; allí, una parte de la Guardia civil habitando el edificio á falta de cuartel; y en fin, parece que allí ha querido reunirse lo mas extraño, lo mas ridículo y lo mas grave que puede tener la historia de un coche simon, siendo lo mas notable del asunto, que en nada de esto se habia pensado cuando se inventó la construccion de tal edificio. ¡Cosas de España!

Siguió adelante D. Cenon, y tan distraído iba en las anteriores meditaciones, que pudiera haberle costado cara su distraccion, pues dió tan fuerte golpe de panza contra el pilar de uno de los reyes que adornan la plazuela, que no pudo menos de esclamar: ¡Oh desventurada estátua! pretendes vengarte acaso en mí de la mutilacion espantosa en que te han puesto los muchachos? soy por ventura el guarda de tu figura para que me des el castigo que él merece por tenerte en tan punible abandono?... D. Cenon queria continuar, pero se lo impidieron los dolores del golpe que le habia desollado el abdómen, y además la caida de sus anteojos; luego que se repuso algun tanto, partió con la mayor velocidad que le fue posible; es decir, al paso de buey uncido, con direccion á la calle de la Bola; empezó á subir por ella, mas no habia llegado á la mitad, cuando al volver la cabeza se halló con su sobrino Serapio que estaba parado en la acera, y dando muestras de la mayor impaciencia; entonces D. Cenon empezó á decir:

—Serapio, hola! hijo mio, qué haces ahí mirando tan atentamente á la calle de las Rejas?

—Que qué hago? lo que otros muchos han hecho no hace mucho tiempo.

—Mira, Serapio, te juro por la cruz de la espada de Carlo-Magno, que si no me esplicas pronto el motivo de tu asistencia á este sitio tan sospechoso, te arranco las dos orejas que tienes y alguna otra cosa mas: vaya, espílicate con viveza.

—Pues señor, allá va, y salga por donde saliere: estoy aquí porque de poco tiempo á esta parte tengo una ilusión tan bárbara por los honores y riquezas, que no he podido resistir á la tentacion de venir al sitio en donde aquellos y estas se hallan acumuladas en muy razonable cantidad.

—Oh, bestial Serapito! oh, hijo sin duda de la inclusa, puesto que



no te pareces en nada á tus cadáveres padres; si me ayudase la memoria te diría en irónico sentido aquellos versos de Quevedo:

Sin duda que engordarás,  
pues que todo el año entero,  
á la orilla del dinero,  
papando moscas estás;

Crees por ventura, inútil sobrino, que se hizo la miel para la boca del asno?...

—Tío, viven los siete infantes de Lara, que ya me voy amostazando al ver que todo lo que hago le sienta mal; parece que se ha propuesto V. hacerme *oposición sistemática*. ¿Qué tiene de extraño que yo pretenda lo que otros con igual motivo han pretendido?

—Por Cristo que no te entiendo! pero en resumen todo eso importa un bledo con tal de que me expliques inmediatamente qué es lo que haces en este sitio.

—Ya que V. se empeña, voy á decírselo sin mas retardo. Como V. habrá notado nos encontramos en la esquina de la calle de las Rejas; pues bien! ahí en frente vive una gran señora; una señorona, como si dijéramos, que tiene mucho señorío; que señorea mas que otra cualquiera señora, y que...

—Te rompo la crisma si no concluyes con esas majaderías.

—Prosigo mi cuento: decía, pues, que ahí en frente vive una gran señora ó señora grande, porque tiene buenos lomos, la cual, además de los lomos que tiene en su cuerpo, tiene fuera de su cuerpo unas señoritas que tuvo antes nueve meses en su cuerpo.

—Bestial! bestiazal! acabarás con tus sandeces?

—Concluyo y digo: Que aquí me tiene V. en cuerpo y alma haciendo el oso á una de esas señoritas hija de la señora gorda.

—Tú? tú? tú? y quién eres tú, miserable aborto de una cochina, para elevarte á la altura de la calle de las Rejas?

—Tío! perdóneme V., pero es V. de lo mas negado que existe en el mundo. Qué importa que yo sea un *pelagatos* para hacer el amor á quien tenga por conveniente? Acaso no se han hecho reyes, príncipes y cardenales otros mas imbéciles que yo? no hemos visto en nuestros dias á una reina gorda casarse con un particular; á un infante con su criada, una infanta con un militar cualquiera; otra infanta con un duque idem, y otra infanta con un quidam sin idem? no estamos viendo todos los dias lacayos mil, siendo amos de sus amos, y que como dice un poeta contemporáneo:

Hay marido que es lacayo  
y lacayo que es marido  
de su señora duquesa?

¿Qué tiene, pues, de extraño que yo me aventure con una señorita de tan alto copete que ni es infanta (al menos que yo sepa), y que no es mas ni menos que la hija de un hombre y una mujer con las mismísimas debilidades, necesidades, precisiones, urgencias y menesteres que tienen los demás hombres y las demás mujeres? Qué extraño es...

—Que yo me quite un zapato y te dé con él en el cogote? qué te has figurado, inepto sobrino? crees tú que esos caballeros que has nombrado se han comido el hollo sin probar el coscorron? piensas que no han andado al *salto de mata*, ya escondiéndose, ya siendo deportados, ya apelando á otros medios para conseguir sus fines?

—Mucho contaba de eso la difunta. Si es verdad que algunos han



pasado la pena negra, otros se han metido hasta los codos en el cenagal sin mojarse siquiera... Y en fin, sea como sea, estoy decidido á llevar á cabo mis planes, y ya verá V. si los consigo.

—Lo has pensado bien?

—Sí.

—Perfectamente bien?

—Sí señor.

—Pues observa mi resolución.

Diciendo y haciendo se quitó D. Cenon un zapato, y principió á descargar tal nube de golpes sobre su sobrino, que si este no adopta el partido de echar á correr, sin duda alguna dá en esa tarde las últimas boqueadas.

### Historia de un ministro y de una silla de posta.

Erase un ministro de la Guerra, que así como podia tener otro nombre cualquiera, se llamaba D. Francisco de Paula Figueras: pues señor, á este ministro dió el gobierno una silla de posta para que fuera en ella á la Granja á asuntos del servicio durante la jornada de los reyes en aquel sitio; ya se debe comprender que este carruage estaba destinado para él solo y los empleados de su secretaría que hubiese menester en el despacho de los negocios: pero hizo esto? no señor; cargó, mejor dicho, mandó cargar un carro de esteras, colchones, camas, pucheros, cacharros, sillas, mesas y otra multitud de cosas, y encima colocó á dos criados suyos con tres empleados de la secretaría, y alguno de ellos setuagenario que solo por su respetable edad merecia otras consideraciones, y no contento con esto les hizo salir á las cinco de la mañana, á fin de que no desperdiciasen ni un rayo de sol en todo el dia. En este estado las cosas, llegó la tarde de un sábado, y el indicado ministro, muy prevenido por cierto de espolines, mandó traer á la puerta de su casa la silla de posta que el gobierno le pasaba para sí y sus empleados, y á la vista de todo el mundo, entraron en ella las personas siguientes: en la berlina, su excelencia y la hija mayor de su excelencia; en el interior, otras dos hijas de su excelencia, la criada de su excelencia, dos perros excelentes, propios de su excelencia, un canario y un gorrión; es decir, que su excelencia prefirió esponer á sus empleados á un tabardillo, ó á un vuelco mas bien, que á que sus animalitos pasaran un mal rato.

Accion muy digna de estamparse en mármoles, bronces y piedras berroqueñas! Sirva este ligero apunte para cuando llegue el dia en que alguno quiera escribir la historia de los ministros.

### Y va de preguntas.

¿Es cierto que ademas de la friolera de los CIENTO TREINTA Y DOS MILLONES habidos de menos en el Banco español de S. Fernando, de que hablamos en nuestra anterior *necedad*, ha desfalcado D. Baltasar Gonzalez, comisionado del mismo en esta corte, la insignificante suma de NUEVE MILLONES de reales?... El Papamoscas desea saberlo, pues tiene mil y una reflexiones que hacer sobre el particular, y que se reserva para otro dia...

¿Se sabe ya quién es el que ha robado los DOS MILLONES á la caja de Amortizacion? ¿Se han hecho diligencias para su castigo y recobro de la cantidad perdida?...



Y dirán que no somos felices! ¿cómo no haber felicidad en una nación en que se cuenta el dinero por millones, millones y mas millones?...  
 (2) *—*

### Teatro de la Cruz.

*Segunda representacion de la Leonora.* No quisimos aventurar nuestro juicio en vista de la primera representacion de esta notable ópera de *Mercadante*, que ya en otra ocasion ha sido admirada por el público, porque nos pareció que se resentia de la falta de ensayos y de poca confianza en los cantantes; ahora, pues, en vista de la repetición ejecutada el domingo próximo pasado, diremos que el Sr. Salas estuvo inimitable en su famosa *parte* de característico, y tanto mas, cuanto que en ella ha sabido crear un género nuevo que le ha elevado á una culminante posicion artística; la Sra. Alessandri cantó bien muchas cosas; pero otras, entre las que citaremos el acto de volverse loca, con muy poca energía y claridad; el Sr. Carrion desempeñó su parte con acierto, si bien deseáramos que corrigiera sus defectos en la parte mímica, y alguno que otro en la espresion de las palabras: el Sr. Baraldi presenta buenas disposiciones, y por lo mismo le aconsejamos que estudie mas, principalmente esta ópera, la que tal vez no habrá podido aprender á causa de su ronquera en la época de los ensayos; del Sr. Barba no decimos nada; el Sr. Font tiene poca voz para el teatro, mas con todo no desagrada; á la Sra. Chelva aconsejamos que modere un poco su canto, y que no se esfuerce, porque *bien se la oye aunque cante piano*; los coros han vuelto por su honor, principalmente el de hombres; la orquesta acompañó muy bien esta difícil ópera, principalmente en los *andantes* y en los *pianos*; en los *fuertes* y *allegros* quisiéramos un poco mas de decision; finalmente, la ópera ha salido bien en general, y los artistas, tanto cantantes como instrumentistas, han merecido de la numerosa concurrencia entusiastas y repetidos aplausos.

### Respuesta á una respuesta.

Muy largo rato hacia que Papamoscas habia salido del gabinete de D. Cenon, cuando notando este el silencio que reinaba en toda la casa, se levantó y fue á buscarle á su cuarto, en el que le halló escribiendo.

—Qué haces, hijo mio? en qué te ocupas?

—Ah! á propósito, tío de mi vida, ha leído V. la última plana de la cubierta del periódico *Cupido*?

—No.

—Pues entreténgase V. mientras concluyo.

D. Cenon tomó el periódico, y leyó el lindísimo párrafo que el señorito *Fauno* dedica en él al pobre Papamoscas.

—Y bien, dijo aquel despues de haber concluido, de qué te quejas? tu tienes la culpa, y...

—Téngala ó no, oiga V. ahora la contestacion que acabo de ponerles:

**Al ilustrado y amenísimo CUPIDO, y especialmente al joven FAUNO.**

Los *preceptores*, que en un párrafo escrito en inglés con pretensio-



nes de castellano (1) ofrecen enseñar á escribir al que no sabe, y ponen, como modelo sin duda, en el mismo número en que esto dicen:

Hacedlo, sí, y á la fin (2).  
del trimestre..... etc.

Y mas abajo: Cada carta que recibo me tiembla la mano al abrirla (3)..... Y mas adelante: Ya estás satisfecho por un lado, querido, voy á dejarte satisfecho del otro (4)..... los entendidos, y sabios, y graciosos escritores, que sin que nadie haya pensado en ponerles ejemplos, se atreven á citar uno, cuya veracidad, aplicada á la persona á que se refieren, no pueden probar: los que tienen la dignacion de dirigirme expresamente una advertencia sabia y sesuda, como todo lo suyo, manifestando al par que se hallan dispuestos á salir á la palestra (angelitos de Dios!): los que haciendo alarde, en fin, de talento literario, que me apresuro á reconocer, ven en los escritos de otros no mas que espíritu de rivalidad, no merecen otra respuesta que aplicarles aquello de un azotito y á la cama.—Firmado.—Serapio Papamoscas.

Qué le parece á V.?

—Me parece, Serapio, que esa contestacion es ya intempestiva, porque los redactores del antiguo *Cupido*, desde la reunion de este con el periódico titulado *La Luna*, han dejado de escribir en él, tomando la determinacion de trocar las letras por las armas, pues segun voz pública, se han marchado á la guerra de Italia.

—Conque es decir, tio mio, que el Sr. Fauno y comparsa ya no son redactores del *Cupido*?

—No, Serapio, no.

—Pues bien, en ese caso, no me falta mas que adicionar algunas palabras á esta contestacion, porque su ausencia del mundo literario, no es un obstáculo para que sepan lo que quiero decirles: en su virtud añado:

*Nota.* La anterior contestacion no se entiende con los nuevos redactores del *Cupido* y *La Luna*, sino con el señorito Fauno y los compañeros en cuyo nombre habló en su sapientísima respuesta. He dicho.—Hay una rúbrica.

(1) Los inteligentes pueden desengañarse leyendo la última plana del *chistosísimo Cupido*, número del martes 4 del actual.

(2) Castellano puro.

(3) Castellano castizo.

(4) Modelo de pureza y elegancia en el decir.

## ANUNCIO.

**Juego de lotería por acciones á 10 rs., y medias acciones á 5.** En la redaccion de *El Afortunado* calle de la Encomienda, núm. 19, imprenta, y en la calle de la Cruz, núm. 29, librería, sigue abierto el juego para grandes combinaciones dispuestas por el acredi-

tado jugador conocido por el *Somnábulo*.

Las demas condiciones y la gran jugada para la estraccion del 26 de Julio se manifiestan en dichos puntos donde se suscribe á dicho periódico á 4 rs. al mes en Madrid, y 6 en provincias.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 7; almacén de música de Carrara, calle del Principe, núm. 15, y en el almacén de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.